

# EL DECRECIMIENTO

## La revolución del ser frente al tener

---

**Carlos Goga**

Economista, entrenador de emprendedores y autor de la novela '#lovetopía'<sup>1</sup>

**Elías Manzano Corona**

Estudiante del Doble Grado en Derecho y Ciencias Políticas (UAM)

**Álvaro Monsó Gil**

Graduado en Derecho y Ciencias Políticas (UAM)

*« El capitalismo es una respuesta a nuestras angustias existenciales, al miedo a morir, al sentimiento de finitud. Hay que reconocer que el capitalismo nos hace disfrutar. Pero se trata de un disfrute del “tener”, de la acumulación, del “siempre más”: más riqueza económica, más poder sobre los demás, más poder sobre la naturaleza. Mientras no tengamos otro disolvente para nuestras angustias que el del capitalismo, sólo podremos estar en un combate defensivo. Así pues, la gran apuesta hoy día es la de pasar del disfrute del “tener” al disfrute del “ser”. Es recordar que el ser humano es ante todo un ser social. »*

Paul Ariès

### I. INTRODUCCIÓN

El filósofo y sociólogo esloveno Slavoj Žižek suele ilustrar con una breve historia el mecanismo psíquico-intuitivo que permite al ser humano abrazar creencias que contradicen sin ambages sus presuntas certezas. Así, entre sus habituales espasmos, Žižek explica cómo el Premio Nobel de Física, Niels Bohr, tenía por costumbre colocar en la puerta de su casa una herradura de caballo, símbolo, como es sabido, de la buena suerte. Durante una visita, un amigo le preguntó si alguien como él, un científico de reconocido prestigio, podía creer seriamente en la superstición. “Por supuesto que no”, contestó de inmediato. “Pero, entonces, ¿por qué siempre tienes una herradura en la entrada?”. “Muy sencillo”, dijo, “porque la herradura trae suerte incluso cuando no crees en ella”. Žižek ríe. Con seguridad, **la mayoría de nosotros determinará ridícula y contradictoria la respuesta del científico Bohr**, al constatar su burda tentativa de sortear la razón por cauces impropios de una mente científica. Y qué duda cabe. **¿Pero no será contradictorio, al mismo tiempo, que entendamos ridícula exclusivamente su postura y no otras similares que nosotros también integramos?** Sígnanos.

El siglo XX nos emplaza ante una batalla sin cuartel entre una pluralidad de lógicas que se contraponen, unas reconstructivas a partir de una ruptura previa (minoritarias) y

---

<sup>1</sup> '#lovetopía. El mundo que llevamos en nuestro corazón', Bubok Publishing, 2014.

Puedes encontrar una breve reseña del mismo en la sección 'Saber más' de este mismo número.

otras constructivas a partir de una continuidad. De un lado, asistimos al **declive de los discursos universales** (relatos globales que remiten su base explicativa a un único referente: la raza, el mercado, una clase social o la nación), al **cuestionamiento de los esencialismos** que alimentaron buena parte del pensamiento decimonónico, a la **deconstrucción de la categoría del “sujeto”** como ente totalizante (desde la muerte de Dios presagiada por Nietzsche hasta la muerte del hombre sugerida por Foucault), así como a la **crítica del conocimiento** como una posibilidad ajena a los juegos del lenguaje enarbolada por Wittgenstein, quien dirige sus restricciones lingüísticas hacia una búsqueda necesariamente inconclusa de la verdad. Por un cauce distinto, afloran los **planteamientos mayoritarios** (oficialistas, institucionales, también académicos) que reivindican una **razón omnipresente** y la **necesidad imperativa de su expansión**. Solo a modo de ejemplo, este enfoque tendrá una personificación destacada en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la forzosa proclamación del fin de las ideologías, en la asunción de ciertos principios y valores como fundamentos indubitables de cualquier construcción económica o social, o en la comprensión de la democracia liberal como sistema definitivo e inapelable. Aunque este cuadro puede ser controvertido por simplista, sí es útil para resaltar que **vivimos, en definitiva, dentro de un espacio multipolar y caleidoscópico**, recorrido por un extenso entramado de núcleos ideológicos que se interrelacionan y donde todo presupuesto cae bajo una luz de sospecha. Sin embargo, alcanzado este punto, debemos acotar el alcance de esa tensión que palpita: ¿cabe presumir que esa desconfianza anega a su paso cualquier postulado posible? Evidentemente, no.

### **1. Finitud y limitaciones de nuestro planeta**

Para un acercamiento al escenario de partida, creemos oportuno plasmar una evidencia preliminar: la **autenticidad de los problemas medioambientales** suscitados por las prácticas humanas parece estar al margen de cualquier polémica seria. Tanto es así, que incluso aquellos en principio perjudicados por una hipotética solución (gobiernos de países con altos niveles de producción y consumo) promueven cumbres anuales para declarar a través de los altavoces y las pantallas del mundo que esta vez sí van a encarar las miserias naturales que ellos y sus representados provocan. Programa 21, la cumbre de la Tierra de Johannesburgo, la cumbre de Kyoto o, más recientemente, la de Lima. Los resultados de esta grotesca teatralización son elocuentes por sí mismos: constancia en la aceleración del cambio climático, aniquilamiento de especies animales y vegetales, aumento de la huella ecológica global, agotamiento de las fuentes de energía no renovables, acidificación del ecosistema terrestre y marino, saturación de la biosfera, y un etcétera letal. **¿Estamos en la antesala de una derrota irreversible?**

Aunque habrá quien reflexione sobre la dificultad que entraña salir vencido de una batalla a la que ni siquiera te has personado, el desafío medioambiental se reserva una singularidad: como ocurre en las batallas contra uno mismo, no afrontarlas de cara no significa trascenderlas, ni mucho menos eludirlas, sino garantizar un fracaso integral. Fracaso en su acepción de desastre, de ruina, de automutilación moral, física y, en último grado, civilizatoria. **El hombre como depredador del planeta**, justo cuando

creía haber superado el estadio donde él era lobo de sí mismo: naufragio rotundo, sin paliativos ni opciones de segunda oportunidad. Aún con todo, la insensatez en esta materia depara una última paradoja. Lo genuinamente trágico de este diagnóstico no se deslinda tanto de sus secuelas objetivas, como de sus causas subjetivas: es un dictamen condenatorio conocido y asumido por todos. Pero, ¿cómo aprende a caminar el hombre que ya resbala en el abismo? He aquí la autoficción. En nuestro pozo de lucidez, rescatamos una entelequia, una protección quimérica que se nutre de ignorar el abanico de certezas infranqueables que la niegan. Y a uno le da por pensar que **estamos forjando la herradura de Niels Bohr a escala cósmica**. Zizek reiría de nuevo, ahora más triste. Una mueca de nostalgia hacia lo que, de seguir esta senda, tarde o temprano dejaremos de ser.

Aunque el origen del deterioro medioambiental parece fraguarse en los altos hornos de la Revolución Industrial, no es hasta el siglo XX cuando una minoría de conciencias empieza a denunciar la dimensión de este problema, con un énfasis pronunciado a partir del tercer cuarto de siglo. **Desde los años 50, 60 y 70, científicos, investigadores y movimientos ecologistas coinciden en subrayar la finitud de nuestro planeta** como límite insoslayable a las prácticas del ser humano, arropados por datos, pruebas y un sinfín de cifras que así lo atestiguan. Estas estadísticas han ido mostrando una **pauperización progresiva e intensificada de las condiciones materiales de nuestro entorno**, en una estrecha correlación con el despliegue de la tecnología, la diversificación del consumo, los procesos de industrialización, el éxodo rural o el robustecimiento de la demanda mundial, entre otros. Pero bajemos a la realidad con algunos ejemplos: desde los tiempos anteriores a la Revolución Industrial, la **concentración atmosférica de dióxido de carbono** se ha incrementado en más de un 30%, observándose en la actualidad una tendencia claramente ascendente de sus emisiones que, se prevé, revertirá en un aumento de la temperatura global de entre 2 y 5 grados centígrados<sup>2</sup>; la **huella ecológica** mundial se ha situado ya por encima del 1'5, lo que significa que necesitamos la superficie de un planeta y medio como la Tierra para hacer sostenible nuestro actual modo de vida o, dicho de otro modo, que nuestro planeta dedica un año y medio a regenerar lo que la humanidad consume en doce meses<sup>3</sup>; desde 1986, con la única excepción de 1991, se han extraído constantemente cantidades de **petróleo** superiores a las que se descubría, en paralelo a una demanda desaforada, de manera que llevamos cerca de treinta años parasitando las rentas del pasado (Sempere et al. 2008); tan solo un siglo atrás, el 12% de la superficie terrestre estaba ocupado por selvas tropicales, mientras que hoy el porcentaje se ha reducido a un exiguo 4-6% (Stihl, 2008); una de las consecuencias más dramáticas de nuestra negligencia medioambiental es la creciente **escasez de agua en cada vez más lugares del planeta**<sup>4</sup>; la calidad de los océanos, mares y ríos se ve ininterrumpidamente mermada a causa de las ingentes

---

<sup>2</sup> Los gases de efecto invernadero se encuentran a un nivel 14% superior al que deberían tener en 2020 para que la temperatura se mantenga por debajo de los 2 grados centígrados este siglo, según un informe de la ONU.

<sup>3</sup> Esta cifra encierra enormes desequilibrios. Por ejemplo, mientras que la huella ecológica de Estados Unidos asciende a 9'4 o la de España a 5'7, en la República Democrática del Congo desciende hasta el 0'5.

<sup>4</sup> Para el año 2025 se vaticina que 817 millones de personas no contarán con suficiente agua / La escasez de agua afecta ya a un 40% de la población mundial.

cantidades de residuos que generamos y seguidamente vertimos<sup>5</sup>. A pesar de que las heridas que abren al planeta en canal son múltiples y profundas, la contemplación de su urgencia tiende a ser neutralizada por la resignación y la desidia. Para su tragedia, el ser humano desdibuja las verdades incómodas entre la oscuridad de las cifras.

## **2. Colapso moral**

Parece un hecho concluyente que la finitud de nuestro planeta y sus limitaciones materiales imponen un viraje radical en la tradicional concepción de lo que para Occidente ha sido el *modus vivendi*, exigiendo particularmente una **inmediata reflexión sobre nuestra filosofía de vida** y una posterior catarsis en la forma de relación que mantenemos con la tierra que pisamos, el agua que bebemos o el aire que inhalamos. Pero, aceptemos por un momento fugaz el supuesto hipotético de que esto no ocurriera así, ¿qué posición adoptaríamos si esta ontología del ser y sus derivaciones prácticas fueran sostenibles en términos medioambientales? ¿Se diluiría, entonces sí, el imperativo de un cambio drástico o persistiría, por el contrario, esa necesidad? La pregunta es relevante porque en caso de persistir, las razones de dicho imperativo no las encontraremos ya en una perversión exógena al estado civilizatorio, sino que habríamos de reconocer que la corrupción vive adherida en algún punto o puntos neurálgicos<sup>6</sup> del sistema que nos gobierna. Lo que está en cuestión, por tanto, es la **sostenibilidad moral y no ya ambiental del modo de vida que hemos constituido** y que, en última instancia, remite a lo que subjetivamente somos desde un plano tanto individual como colectivo. De alguna forma nada simbólica, **en la respuesta nos jugamos la vida**.

Conscientes de que las sociedades posmodernas son suficientemente complejas como para abocar al fracaso a cualquier abstracción que pretenda integrarlas y explicarlas en su totalidad, sí creemos plausible, sin embargo, esbozar algunas particularidades que las definen. Si nos retrotraemos en la historia, la cultura europea, en su más amplio significado, se nutre sustancialmente de la corriente protestante escindida en el siglo XVI de la rama católica, conservando ambas un sustrato esencial de la tradición judeocristiana. Este cisma pone de relieve el carácter embrionario de una construcción que iba a absolutizar los siglos venideros: **el individuo y la razón humana como matrices explicativas de toda realidad**. Abrazando la tesis weberiana sobre el origen del capitalismo, solo en este contexto de renovado antropocentrismo pudieron prosperar las lógicas del capital que hasta hoy nos alcanzan. Rasgos de esta aventura son: el paroxismo racionalista aplicado a la **mecanización** y a la **productividad**; la eclosión indómita de **innovaciones técnicas y científicas**; el auge de la **clase burguesa** y las revoluciones alzadas en su nombre para subvertir un poder caído de Dios; la filosofía del sacrificio y el ahorro que redundan en **ciclos inagotables de inversión**; o la creencia en una sociedad, la europea, que estaba llamada a liderar el curso humano a través del **camino progresivo de la Historia**. Todo ello, insistimos, ha servido como caldo de cultivo para evolucionar hacia las actuales sociedades

---

<sup>5</sup> Cada día arrojamos 2 millones de toneladas de desechos a los cursos del agua.

<sup>6</sup> Utilizamos el adjetivo "neurálgico" y no, por ejemplo, "accesorio" o "subsidiario" porque el planteamiento inicial presupone como condición una transformación nuclear del sistema y no una simple reforma del mismo.

posmodernas. Pero, retomando la perspectiva del presente, ¿cuáles son en la actualidad los efectos sociológicos de este turbulento cóctel?

En el trasfondo de la anterior enumeración, tan aparentemente aséptica y descriptiva, se desliza un eje de prioridades que hoy conserva toda su vigencia: en concreto, **la centralidad de lo material**, haciendo del dinero su principal bandera<sup>7</sup>, y la primacía de la **competitividad** y el **egoísmo** como pulsiones preferentes del desarrollo humano. La demostración más transparente de esta vigencia se plasma en la llamada “**sociedad de consumo**”, signficante que alumbra con luz nítida su propio significado: vivimos en la necesidad permanente de consumir. Gracias a ello, el sistema subsiste. ¿Supone esto una depravación moral de lo que ha de ser una comunidad humana? Como es fácil adivinar, el problema no se infiere del consumo *per se*, sino de su condición delirante e insaciable. Debemos empezar por reconocer que **el umbral de necesidades autoimpuesto<sup>8</sup> por un ciudadano estándar excede en un amplio margen el de sus necesidades reales**. Pero, ¿por qué es este superávit tan determinante? Si husmeamos un poco en su composición interna encontraremos, sin ninguna perplejidad, una lista interminable de cosas, propiedades, hambre de éxito y notoriedad pública, complementos, viajes, un buen coche, o dos, estabilidad económica, una primera casa donde vivir y otra para veranear, aspiraciones a un empleo respetable, una remuneración acorde a nuestra responsabilidad, no se crean que nos vendemos a precio de saldo, ché... es sencillo imaginar lo demás. **La materialidad hecha cultura y el sujeto convertido en su producto estrella**. Para lograrlo, se nos dice, debemos ser eficientes, sacrificarnos a diario, no curiosear qué demonios habrá fuera del camino previamente circunscrito, competir por un expediente intachable, leer a Paulo Coelho a toda velocidad para exprimir un poco más el tiempo y procurar engullir otros dos cafés para no caer rendido donde sea que trabajes. Surrealista. Como surrealista es que, pese a los visos de irracionalidad que este proceso comporta, planifiquemos la totalidad de nuestro proyecto vital en torno a ese compendio de **innecesidades materiales**.

¿Tomamos en algún grado conciencia de nuestra hostilidad social? En algún grado, sí. El último sabor es obstinadamente amargo. Abrumados por la rutina, incorporamos tendencias suicidas al estrés y a la ansiedad, pecamos de irascibilidad, mal humor, frecuentamos crisis nerviosas, existenciales, crisis de los 30, de los 40, crisis financiera, moral, de pareja, crisis. Es natural. La gran frustración que imprime el culto al consumo es que la dimensión humana capaz de acaparar un objeto es tendente a cero. ¿Cómo suplir esta carencia mortal? Acudimos en masa a **la emancipadora idea de “ocio”**. El tiempo libre en contraposición al tiempo esclavo. Nos resignamos diez meses al año con el único propósito de alcanzar una abstracta liberación durante los dos meses que restan. Y he aquí la trampa fatal. El círculo que se cierra sobre nosotros: horarios, visitas guiadas, gastos por doquier, angustia ante el compromiso de hallar una paz renovadora

---

<sup>7</sup> Ya Spinoza marcaba el paso de su época: “Pero el dinero ha llegado a ser un compendio de todas las cosas, de donde resulta que su imagen suele ocupar la mente de vulgo con la mayor intensidad; pues difícilmente pueden imaginar especie alguna de alegría que no vaya acompañada como causa por la idea de la moneda”. Ética (IV, capítulo XXVIII). Spinoza sugiere que la razón de ser de los sujetos y su impulso vital responde a cuál sea la naturaleza de las cosas a las que por amor se adhieren.

<sup>8</sup> La publicidad y el marketing comparten responsabilidad.

que se demuestra ineficaz, el tiempo que de pronto nos sobra y no sabemos qué hacer con él porque apenas conocimos el significado de habitar humanamente el presente. Como si el verbo “tener” asaltara los íntimos dominios de todos los verbos, **el ocio termina por convertirse en la porción más cautiva de nuestro trabajo**<sup>9</sup>.

## II. EL PROYECTO DEL DECRECIMIENTO

Sin mencionarlo, hemos ido delimitando, si bien negativamente, los fundamentos sobre los que se asientan las teorías decrecentistas. En efecto, el decrecimiento esboza un modelo socio-económico y cultural capaz de dar una respuesta efectiva tanto a las exigencias de la finitud y límites del planeta como al colapso moral donde el sistema productivista y neoliberal naufraga. Los principales requisitos para su puesta en marcha son sencillos: **descomplejizar el mundo**, renunciar a ese entramado de posesiones innecesarias, y entregarse a la felicidad de “ser” colectivamente, lo que no significa renunciar a las riquezas naturales de uno mismo, sino su puesta en común y consiguiente expansión. A continuación, trataremos de realizar una breve inmersión, que ni mucho menos tiene ánimo de exhaustividad, en el océano de las **propuestas que el proyecto decrecentista ha confeccionado**, destacando **nueve pilares fundamentales**. Nuestro espíritu, humildemente divulgativo, pretende ayudar al lector a tener un primer acercamiento a los planteamientos más importantes y sugerentes de este apasionante universo.

### 1. Sobriedad y simplicidad voluntarias: descomplejizando la realidad del capitalismo

La palabra ‘decrecimiento’ es controvertida. Por un lado, es un término que eficientemente produce intuiciones correctas: refleja *per se* un programa de simplificación, de freno y reflexión, incluso de marcha atrás. No obstante, es capaz, por otro lado, de inducir a conclusiones erróneas si el vocablo se asocia a sus connotaciones más grises. De buenas a primeras, y para eliminar cualquier tipo de confusión, urge aclarar al lector que el odioso término ‘austeridad’ y el hipócrita proyecto merkeliano promulgado bajo su paraguas **se sitúa en las antípodas del movimiento decrecentista**. Paul Ariès lo resume en una breve frase: “La austeridad implica hacer lo mismo con menos” (Documental Decrecimiento, 2013), mientras que el decrecimiento promovería un *modus vivendi* que se aleja drásticamente del mercado globalizado y el proyecto neoliberal. La filosofía decrecentista tiene un sólido cimiento en la integración del impacto medioambiental en nuestra cotidianeidad, y en la medida en que el ecologismo es el axioma de base, uno de los primeros pasos que el decrecimiento pretende dar estriba en la **simplicidad y la sobriedad voluntarias** por contraposición a la creciente ‘complejización’ del capitalismo contemporáneo.

---

<sup>9</sup> Obviamente, el infortunio moral de la persona opulenta es minúsculo en comparación a la adversidad material de quien no tiene qué llevarse a la boca. La desigualdad es, con seguridad, una de las obscenidades más palmarias del sistema neoliberal, haciéndose especialmente patente en los desequilibrios entre el Norte y el Sur.

Para que el ‘chip’ decrecentista se active, es necesario imbuirse de un nuevo prisma a través del cual diseccionar la realidad de la sociedad de consumo. Apremia una crítica tanto a **los tres pilares que, de acuerdo al reputado autor decrecentista Serge Latouche, sustentan el *statu quo*** (la publicidad, el crédito y la obsolescencia programada) como a los discursos que a éstos legitiman. No se trata de una actitud retrógrada para con el inexorable avance científico-tecnológico, sino meramente de no ser tecnólatras, frenando los impulsos gratuitamente consumistas que el citado (muy entrecomillado) ‘progreso’ induce en el estado presente del sistema. Por contraposición a la influencia subrepticia en nuestra psique producida por la grandilocuencia publicitaria, el decrecimiento promueve que los anhelos y deseos se despierten fuera de la materialidad de un sistema enfermizamente productivista. Ante el macrodesperdicio medioambiental que implica la premeditada obsolescencia de lo producido bajo las lógicas de la rentabilidad y el beneficio no-social, el decrecimiento pide integrar las externalidades ecológicas que subyacen al éxito de la decadencia programada, aun si con ello han de caer sectores enteros de nuestras industrias (*cfr. Infra*). Frente a la perpetuación de la irresponsabilidad onírica asociada al crédito, el decrecimiento reclama levantar el velo que hace del consumo desaforado con dinero por adelantado un espejismo con vises de sostenibilidad, y exhorta al consumo ético y políticamente consciente de la noción de ‘límite’.

Descomplejizar es, en muchos casos, comprender. Es eliminar dependencias. Es transformar y simplificar tramas estructurales y redes de subsistemas que nos trascienden en lo geográfico, lo intelectual, lo manual, o lo comunicativo, hasta dejarnos indefensos y abrumados por una realidad que, como arena de playa, se escurre entre nuestros dedos. En palabras de Carlos Taibo, “basta con echar una ojeada a lo que ha supuesto, material y simbólicamente, la sustitución de la bicicleta –autónoma, autopropulsada y fácilmente reparable- por el automóvil –dependiente de un sinnúmero de sistemas, consumidor notable de energía, objeto de reparaciones costosas, caduco- en franca ilustración de la creciente complejidad de nuestras sociedades” (Taibo, 2014, pg.94-95). La simplicidad nos remite a culturas ancestrales, cuya conexión con el medio tendía puentes con la renovación espiritual, rehuyendo esa fugacidad e instantaneidad en las **formas de hedonismo contemporáneas de las que habla Zygmunt Bauman**. La sobriedad voluntaria nos aleja de la vorágine de ritmos frenéticos y estrés de la rutina del trabajo, y nos insta a eliminar la ceguera impuesta por una disparatada carrera por la riqueza material y el ascenso en las jerarquías socio-laborales.

## **2. Redibujando el concepto de ‘necesidad’**

Un primer paso en la reconstrucción de las sociedades del Norte opulento implica, impecablemente, la reformulación de una de sus bases ontológicas: la necesidad. Pocos autores como el chileno **Manfred Max Neef** han logrado hacer un desglose de tal magnitud y precisión del término, proponiendo, en primer lugar, una taxonomía que subdivida la necesidad según categorías existenciales y según categorías axiológicas. Las primeras serían las **necesidades de ser, tener, hacer y estar**, mientras que las segundas serían las de **subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación,**

**ocio, creación, identidad y libertad.** La principal conclusión que el decrecimiento extrae de su teoría (formulada en 1994 en su obra magna *‘Desarrollo a escala humana’*) es, por un lado, que **“las necesidades humanas fundamentales son pocas, delimitadas y clasificables (...)** y son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos” y, por otro, que “lo que cambia a través del tiempo y de las culturas es la manera o los medios utilizados para la satisfacción de las necesidades” (Max Neef, 2007). Por ello, el ganador del premio considerado el Nobel de la economía alternativa (*Right Livelihood Award*) insiste en **diferenciar entre necesidades y satisfactores**, siendo los últimos los medios para lograr la consecución de los primeros (los fines), y subraya que es la elección de los satisfactores lo que diferencia unas culturas de otras.

Podría parecer caricaturesco incluir en este artículo divulgativo clichés como que ‘el dinero no da la felicidad’ o que ‘no es más rico quien más tiene sino quien menos necesita’. Pero la evidencia, ya no filosófico-ética sino empírica, que respalda lo que pudieran parecer tópicos hace de su apropiación algo ineludible para la lucha decrecentista. Estudios que, rehuendo la patológica **asociación entre ‘desarrollo’ y ‘crecimiento’ inherente al PIB**, acuden a **indicadores de felicidad** (Índice de Desarrollo Humano, Bienestar Duradero, Progreso Genuino) demuestran, por ejemplo, que mientras que en EEUU, en los últimos 50 años casi se triplicó el ingreso per cápita, el porcentaje de la población que se declara muy feliz ha permanecido sin cambios significativos (aproximadamente un tercio), ocurriendo algo parecido en la UE y Japón (Ansa Eceiza, 2008). Y es que una vez por encima del umbral de la verdadera pobreza física, la utilidad marginal de un incremento en la riqueza es nula, pudiendo llegar a ser negativa, lo que es fruto de una pauperización del estilo de vida y de unas “relaciones sociales menos armoniosas” (Layard, citado en Ansa Eceiza, 2008).

Una de las revoluciones más inaplazables es la de la **inversión del paradigma consumista** mediante la transformación cultural de los satisfactores tradicionales del Norte. El objetivo es un tránsito desde la afirmación de que cuanto más poseo, más necesidades tengo satisfechas, hacia la apreciación de que cuantas más necesidades tengo satisfechas, menos cosas requiero poseer. La finalidad del proyecto decrecentista es mostrar cómo la satisfacción de las necesidades perentorias del ser humano es un proyecto relativamente fácil de abordar si **reformulamos nuestra jerarquía de valores y prioridades**. No se está descubriendo la Atlántida con esta idea, ya en el siglo XIX **John Stuart Mill** explicitaba estas ideas tan humanamente intuitivas en pasajes tan esclarecedores y aún vigentes como éste de 1848:

*“Apenas es necesario subrayar que una situación estacionaria del capital y la población no implica un estado estacionario en lo relativo al perfeccionamiento humano. En una situación así habría tantas oportunidades como en cualquier otra para todo tipo de cultura intelectual y progreso moral y social, el mismo campo para perfeccionar el arte de vivir y una probabilidad mucho mayor de mejorarlo, una vez que las mentes hubiesen dejado de entregarse de lleno al arte de prosperar”.*



### **3. El trabajo: ¿panacea o patología?**

La actual crisis financiera ha servido para poner de manifiesto que, desde el punto de vista del discurso institucionalista (abarcando desde la derecha más retrógrada hasta la izquierda más progresista), el trabajo se concibe, a día de hoy, no sólo como un medio para poner fin a la miseria social, sino más bien como un fin en sí mismo que sirve de elixir a sociedades cuyos contratiempos trascienden con mucho lo meramente económico-financiero. Es por ello que **la concepción decrecentista del trabajo se presenta como uno de los grandes desafíos psicosociales del proyecto**. El paradójico drama laboral contemporáneo, donde el desempleo, la precariedad, la inseguridad, la desigualdad o la descualificación campan a sus anchas, lo resume con agudeza Hannah Arendt: “Lo que tenemos delante es la perspectiva de **una sociedad de trabajadores sin trabajo**, esto es, privados de la única actividad que les resta. No puede imaginarse nada peor” (Arendt, citada en Taibo, 2014, pg.50).

El decrecimiento insiste en que el eje de base de una sociedad post-colapso será, forzosamente, **el reparto del trabajo**. Pero preconiza que haríamos bien en asumir este horizonte cuanto antes. La promesa del desarrollismo nos ha vinculado durante siglos a jornadas laborales interminables y al acatamiento esclavista de férreas cadenas de mando al servicio de élites extractivas, todo ello con la promesa individualista de un eventual ascenso en la pirámide socio-laboral que dé acceso a la abundancia requerida para un ocio materialista y un estilo de vida opulento. La propuesta alternativa a este sendero ofrecida por el decrecimiento, y brillantemente sintetizada en la parábola del pescador<sup>10</sup>, es la toma de conciencia de que necesitando menos, y dado el presente estado de evolución tecnológica, la disponibilidad de tiempo libre que proporcionarían jornadas laborales más breves **no sólo reduciría la incidencia dramática del desempleo, sino que abriría las puertas al desarrollo de una vida social y comunitaria más rica**. Es decir, en detrimento del aislamiento en la búsqueda del éxito profesional en un capitalismo de mercado regido por la mano invisible de Adam Smith, los decrecentistas promueven tejer **redes de solidaridad** que garanticen no sólo un sustento material, sino la libertad temporal para el desarrollo de los fines humanos más elevados.

De este modo, se aspira a dejar atrás la entronización capitalista de la moral protestante del trabajo, pero también se anhela un alejamiento del discurso sindicalista hegemónico, donde la beatificación de la figura del trabajador impide apreciar la perversión esencial del trabajo mismo. Este último sufre así un vuelco de 180 grados. Por un lado se comienzan a reconocer las **actividades no-remuneradas y/o no-productivas** (voluntariados, cuidados de personas dependientes, menaje del hogar, actividades artísticas, etc.), mientras que, por otro, el productivismo desaforado e inconsciente para con los límites planetarios da paso a la difusión de una producción ecológica, cooperativa y auto-abastecida que evite despilfarros en embalajes, conservación y transporte de los productos (Ecopólítica, 2010). Se proyecta una sociedad donde proliferen los bancos de tiempo, el intercambio vecinal y la reconexión

---

<sup>10</sup> En este breve vídeo se resume esta parábola: <https://www.youtube.com/watch?v=9v7hCNcdUmE>

con el medio para fomentar el reciclaje, las competencias manuales o los conocimientos agrícolas. En definitiva, se busca desmitificar la idea de trabajo que nuestro ADN judeocristiano nos ha legado: un pecado original que nos obliga a “ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente” acatando todo sacrificio como si de un castigo divino, y por tanto incuestionable, se tratase.

No se pretende con ello ser simplista ni utópico, sino meramente poner un debate indispensable sobre la mesa. Para expandir el potencial creativo del ser humano, fomentar una socialización inmaterial y empática, o alcanzar una verdadera búsqueda colectiva del bien comunitario, es inadmisibles apreciar como la tendencia es precisamente la opuesta: unas jornadas laborales cada vez más extensas, una precariedad que se ceba con las posibilidades emancipatorias de generaciones enteras y una socialización cada vez más centrada en los valores de la competencia y el individualismo. El primer paso es reconocer esta realidad. El segundo, en consecuencia, debe ser la institución del derecho, y no del privilegio, a una materialización verdadera de nuestros impulsos vocacionales.

#### **4. Resiliencia local: apología de un ecologismo radical municipalista**

La resiliencia es, en psicología, “la capacidad de una persona para recuperarse de un choque – por ejemplo, pérdida o separación – sin colapsar, e incluso obtener experiencia y salir de la prueba más fuerte y resistente que antes” (Semal y Szuba, 2013). Ante el cénit del petróleo y los combustibles fósiles o pico de Hubbert (nombre derivado del reputado geofísico M. King Hubbert), la alter-globalización, comúnmente confundida con la anti-globalización, deja de convertirse en una opción y pasa a ser un imperativo. Es por ello que la resiliencia, según la conciben los decrecentistas, es la virtud de comprender la **imposibilidad de continuar con la completa dependencia del petróleo, el gas natural, el uranio, o cualquier otro recurso natural** que las proyecciones científicas no-cortoplacistas interrelacionan con un inminente colapso civilizatorio. Se trata de no barrer bajo la alfombra el problema de que la industria, el transporte, la construcción, el turismo, la producción de electricidad o la agricultura, entre otros, tal y como se conciben hoy en día, son, además de económicamente injustos, ecológicamente insostenibles, y encarar este atolladero con una perspectiva consciente y (eco)sistémica.

El decrecimiento plantea que **los pilares básicos de nuestra subsistencia, tales como la industria textil o el sector agroalimentario**, no pueden seguir subordinados a un régimen productivo deslocalizado, industrializado y tecnificado. En el segundo caso, por ejemplo, la producción alimentaria a nivel local internaliza las externalidades relacionadas con la huella ecológica, ya que el kilométrico transporte intercontinental conlleva inevitables despilfarros energéticos, mientras que la producción ‘fuera de temporada’ implica la dependencia de la ingeniería genética, el uso de nocivos fertilizantes químicos, o la perpetuación de la tiranía oligopólica que en el sector agroalimentario se ha organizado a nivel global. En este último sentido, se busca sustituir el **‘despotismo de supermercado’** que las prácticas de multinacionales como Monsanto, Nestlé, Pepsico, Mars o DuPont imponen al consumidor, haciendo rebrotar

la soberanía alimentaria a través de cooperativas de productores locales, grupos de consumo, liberación de espacios para huertos urbanos, y otras iniciativas de solidaridad local/municipal/de barrio.

Hablar de **ecologismo ‘radical’** es usar este adjetivo en un sentido antagónico al que le otorgan los medios de comunicación *mainstream*, es decir, significa emplearlo, en línea con Karl Marx, como lo proveniente de la raíz del problema. El **municipalismo implica una proximidad geográfica que se entreteje con una proximidad humana**, creando sólidos vínculos entre productor y consumidor a través de la comprensión de los entresijos de los ciclos productivos y la asunción colectiva de las limitaciones del medio. Esta consciencia global que proporciona la cercanía del entorno remite de nuevo a la descomplejización y al empoderamiento individual, asumiendo como propios dilemas contemporáneos tales como la explotación laboral de los productores del Sur, la permisividad medioambiental de organizaciones internacionales como la OMC, o el aberrante cortoplacismo de la desregulación neoliberal. La radicalidad nos recuerda, por ello, la inadecuación y la mezquindad de los lavados de cara corporativos del capitalismo verde, o la vacuidad de las iniciativas de desarrollo sostenible que se llevan promoviendo durante décadas de forma inofensiva para con el paradigma productivista dominante. El difunto **Murray Bookchin**, uno de los padres del municipalismo y la ecología social, nos recuerda que “[las] soluciones parciales sirven meramente como cosméticos para ocultar la naturaleza profunda de la crisis ecológica. De esta manera desvían la atención del público y la adecuada comprensión teórica de la profundidad y el alcance de los cambios necesarios”. Será así tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos donde **el decrecimiento nos inste a acercarnos a lo local**. Sólo así las raíces intelectuales de un pensamiento holístico quedarán entrelazadas, bajo los pavimentos, con las raíces tangibles de nuestro sustento diario.

##### **5. Horizontalidad y autonomía: los cimientos de una nueva democracia decrecentista**

En directa relación con el ecologismo municipalista está la apuesta decrecentista por la **autogestión** y la **democracia participativa**. Es destacable que uno de los más enardecidos debates dentro de las corrientes del decrecimiento es aquél referido a la **posibilidad de la construcción de un proyecto decrecentista desde dentro de las instituciones estatales**, a través de un “partido decrecentista” que opere dentro de la lógica de la democracia representativa. Evitaremos posicionarnos en este debate, pero no por ello obviaremos que es innegable el protagonismo que la democracia directa, la horizontalidad, la autogestión, la acción directa y la autonomía participativa han alcanzado dentro del movimiento. En la medida en la que se aspira a revitalizar las relaciones sociales y devolver un apego robusto a la colectividad, se teoriza que la **democracia debe descender, en la medida de lo posible, del terreno de la delegación al de la cotidianeidad**. Las apuestas por el reparto del trabajo y la consiguiente mayor disponibilidad de tiempo libre, así como por la descomplejización y el ecologismo localista, implican, indirectamente, que la involucración en la gestión del día a día de la

*res publica* se convierta en un *sine qua non*. En sus formulaciones más crudas, se afirma que la autogestión conllevará “una necesaria simplificación y readaptación de las herramientas de las que nos servimos, junto con el abandono de muchos de los productos, en un amplio sentido de la palabra, actualmente presentes y que no necesitamos en una sociedad decrecentista (estados, burocracias, mercados bursátiles, corporaciones, ejércitos, supermercados, nucleares...)” (Ecopolítica, 2010).

Visualizando el abismo belicista que históricamente ha rondado a la humanidad en épocas de crisis y/o cambios de paradigma, numerosos autores decrecentistas han teorizado que la única forma de evitar soluciones autoritarias a los problemas de la escasez post-colapso, como el “**ecofascismo** o **ecototalitarismo**” (Latouche, 2012), estriba en este florecimiento de los lazos comunitarios que el asamblearismo y la horizontalidad son capaces de crear. Se trata, además, de huir igualmente de la poliarquía reinante, es decir, de ese sistema donde “una serie de élites especializadas – no una élite única, monolítica- (...) [compiten y negocian] entre sí por el control del gobierno y de la sociedad mediante elecciones” (Boilla *et al.*, 2013). Existe el convencimiento de que la formación democrática en la auto-organización conlleva una madurez ciudadana que vincula al individuo con sus deberes (si bien también con sus derechos) socioecológicos. La filosofía del apoyo mutuo que en el S.XIX apoyara el autor libertario **Piotr Kropotkin** subyace a esta **aproximación cooperativista y no competitiva hacia lo público**, ya que debe encontrarse un contrapeso asistencial al vértigo producido por la re-ruralización y el distanciamiento del confort del proyecto de la megalópolis contemporánea. Es en las sinergias regionales creadas a través de confederaciones municipales y en el cultivo de una solidaridad de base mediante sistemas asamblearios donde muchos decrecentistas hallan este contrapunto emancipatorio.

Así, frente a la idolatría dogmática del mercado o la alienante y represora ineficiencia de la planificación centralizada, el decrecimiento plantea que la **autogestión** es capaz de superar tanto los fallos de información y la incomprensión de la lógica humana del ‘incentivo’ (que la economía neoclásica achaca al socialismo), como el aciago individualismo y la ceguera ante la desigualdad (que el socialismo atribuye a la economía neoclásica). Es evidente que un análisis riguroso de estas enmarañadas cuestiones trasciende con mucho el objetivo de estos breves párrafos introductorios del planteamiento autogestionario. Sin embargo, estos superficiales trazos se incluyen para subrayar cómo cualquier debate serio sobre el decrecimiento debe abarcar la discusión sobre el despegue de iniciativas autogestionarias y de democracia directa, es decir, sobre la capacidad de éstas para resolver los dilemas del *homo politicus* frente al desmoronamiento de su medio y de sus despreocupados modos de vida.

## **6. La desindustrialización de sectores obsoletos**

Como analizamos a lo largo de este artículo, las propuestas de decrecimiento amplifican o traen conceptos nuevos como simplicidad, sobriedad, consumo ético y local, necesidades existenciales, felicidad desde las relaciones, solidaridad y

empoderamiento individual. De manera paralela, proponen el abandono de las prácticas de obsolescencia (cualquiera que sea su forma), de las energías basadas en fósiles y de las dinámicas capitalistas que como la publicidad y el crédito sustentan el consumo salvaje y desmedido. Aterrizar estas propuestas transversales en la realidad sectorial de la sociedad, según la conocemos, tiene efectos tan profundos como transformadores. Las **propuestas decrecentistas imponen dinámicas tan contrarias al pensamiento económico imperante** como la desmercantilización de tantas relaciones y transacciones como sea posible (en un claro regreso hacia lo espontáneo y natural) y la reducción directa de la capacidad industrial en aquellos sectores sostenedores de la vida como la industria agroalimentaria o la industria textil.

Pero si indagamos con el anhelo de entender su impacto más claramente, entenderemos que proponen desmontar (sintiendo la literalidad de su significado) algunas industrias que elevan artificiosamente lo necesario y privado en favor de nuevas soluciones que faciliten lo conveniente y colectivo. De entre las industrias candidatas a decrecer hasta la casi desaparición, nos encontramos con dos grandes legados del siglo XX que por obsoletos, perjudiciales y aparatosos, destruyen más que construyen. Por un lado, identificamos claramente a la **industria de la automoción y el transporte privado**, una industria que está avocada a dejar espacio en favor de soluciones de transporte público, comunitario y compartido. Y no hablamos simplemente de (casi) abandonar la fabricación de vehículos, sino de reducir sustancialmente las infraestructuras de carreteras, gasolineras y servicios de soporte aledaños, como pueden ser las aseguradoras, la señalización o la propia educación vial.

Por otro lado, encontramos la necesidad imperante de desmembrar y nacionalizar el **sistema bancario y financiero**, motor indiscutible no sólo del indeseado crédito, sino también de una intermediación (léase también mercantilización) tan innecesaria como agresiva y caprichosa sobre **el dinero, el bien social más universal y público de todos**, ese bien cada vez más virtual que facilita y estandariza la actividad económica y social. El surgir de los bancos de tiempo, los sistemas de trueque y las monedas sociales, e incluso de las criptomonedas, son ejemplos nacientes de las transformaciones que empujan, muchas veces sin ideología decrecentista, hacia la reconversión radical de lo bancario y lo financiero. Otras industrias candidatas a desaparecer son **la industria de la publicidad** y todas las que ésta artificialmente crea y sostiene en sus múltiples formas, en tanto que actores degradadores de lo que individualmente somos en favor de falsos estereotipos de lo que individualmente tenemos que ser y cómo conseguirlo. Cualquiera que conozca los orígenes de la publicidad de masas a través de la trilogía ofrecida por Adam Curtis (*The Century of the Self*, 2002) entenderá con facilidad de qué industrias hablamos; entre otras, de las industrias de la belleza y la cosmética, el tabaco, la comida basura y la moda. Por último, las propias dinámicas que han propiciado la génesis del movimiento decrecentista apuntan al corazón de la **industria energética como sector productivo que debe morir para renacer**. Los cambios necesarios son tan radicales y tan profundos que las actuales compañías eléctricas y energéticas difícilmente podrán evolucionar lo suficiente como para abarcarlos, dejando así un espacio económico disponible para nuevas empresas y fórmulas sociales. Lo

anteriormente expuesto ejemplifica, aunque no enumera en su totalidad, los cambios previsibles que conllevaría una transformación vital del calibre de la propuesta por los decrecentistas.

### **7. Las economías del decrecimiento: hacia una nueva individualidad y un futuro ralentizado**

Propuestas tan atrevidas como revolucionarias nos llegan arropadas en forma de movimientos sociales o corrientes de pensamiento económico con variopintas y atractivas denominaciones, algunas quizás en estado embrionario, aunque todas ellas con colectivos y experiencias reales a lo largo y ancho del planeta que les confieren tanta credibilidad de impacto como probabilidad de solidificación. Hagamos un repaso rápido.

Quizás el movimiento más archiconocido por popular y habitual sea la **economía colaborativa** o del compartir (en inglés, *sharing economy*). Este movimiento, vertebrado a partir de las propuestas de Rachel Botsman y Roo Rogers (*What's Mine Is Yours: The Rise of Collaborative Consumption*, 2010), propone un modelo de consumo basado en la utilización (en contraposición a la propiedad) y en la generosidad (en contraposición a la exclusividad). Cualquiera que participe en los actuales modelos de viajar compartiendo coche o alojándose en casas privadas, que frecuente los espacios de co-working o que participe en las nuevas propuestas de financiación colectiva (como el crowd-funding), bien conoce la penetración de estas iniciativas colaborativas entre gran parte de los ciudadanos.

Otro movimiento con bastante reconocimiento y apoyo es **la economía del bien común**, según las propuestas realizadas por el economista austríaco Christian Felber (*La economía del bien común*, 2012) que pretende implantar y desarrollar una economía sostenible y alternativa desde la actuación responsable de empresas y municipios que adopten principios de cooperación (en contraposición a la competencia) y de construcción del bien común (en contraposición a la maximización del beneficio). La proliferación del balance del bien común y su adopción por empresas de todos los sectores bien ilustra lo relevante de este fenómeno decrecentista, donde las empresas y sus clientes anteponen la creación de empleo, la gestión de las diferencias salariales o el fortalecimiento del ecosistema local de proveedores a la simple maximización del beneficio.

La **economía de la felicidad**, por su parte, recoge a través de su impulsora Helena Norberg-Hodge (*The Economics of Happiness*, 2011) el testigo de algunos movimientos alter-globalización y des-globalización para proponer una actividad económica principalmente local y que responda a indicadores alternativos al obsoleto PIB como el Índice de la Felicidad, ya implantado en la remota geografía de Bután.

Con una fuerza similar nos llega una corriente de pensamiento microeconómico recogida en la serie de documentales animados realizada por Annie Leonard (*The Story of Stuff*, 2007) y que defienden un modelo productivo y de consumo responsable que bien podríamos denominar "**la economía del mejor en lugar del más**". El despilfarro que supone el actual modelo productivo, tanto a nivel oferta como a nivel demanda,

encuentra sus mejores ejemplos en las estrategias de obsolescencia programada propias de empresas líderes en el sector de la electrónica de consumo como Apple con sus teléfonos inteligentes o Hewlett Packard con sus impresoras.

Estas corrientes de pensamiento, y los movimientos que las han convertido en *casus belli* (expresión latina traducible al castellano como motivo de guerra), han adoptado morfismos sociales tan dispares pero coincidentes en sus principios como pueden ser la economía abierta, la economía de la generosidad, la economía solidaria, la economía social o incluso el ecoaldeísmo, las sociedades de transición y el estilo de vida *slow*.

La confluencia de cambios tan profundos en el sistema económico y social propios del decrecimiento conllevaría inexorablemente una **regeneración del estilo de vida dominante** entre la mayoría social. Extravagante como pueda resultar a primera vista, este nuevo estilo de vida incluirá la sofisticación de las tecnologías del siglo XXI con la simplicidad de las prácticas que hoy por hoy asociamos al *slow life* y la intensidad relacional propia de aquellos que han apostado por una vida consciente y respetuosa con su ser, con el otro colectivo y con el planeta.

Por un lado, el avance tecnológico imparable en el que está inmersa nuestra sociedad consumista acentuará la automatización en una vertiente decrecentista triple: virtualización de objetos y productos conectados (software), robotización de trabajos y procesos (robótica), y reduccionismo industrial y logístico (impresión 3D).

Por otro lado, **la liberación de la exigencia del trabajo clásico y del consumo desmesurado**, tal cual lo conocemos, ofrecerá unos excedentes de trabajo y renta que a nivel individual redundarán en abundancia de tiempo libre, menores niveles de estrés, y mayor presión política y social para implantar sistemas de garantía social que consoliden la dignidad del ser (por ejemplo, a través de conceptos como la renta básica universal).

Por último, todos los fenómenos identificados provocarán que la atención personal se redirija hacia lo que individualmente somos y la naturaleza y la calidad de nuestras relaciones, incluyendo nuevas manifestaciones de arte y amor que difícilmente podemos anticipar.

Hoy por hoy, ya son muchos los individuos y los colectivos que han apostado por **fórmulas de vida que incorporan la lentitud y la celebración del momento presente** como alternativas al ritmo frenético y la fugacidad que arrastramos. La filosofía del caracol o el estilo de vida *slow* son muestras vivas de estos movimientos, con propuestas como vivir el aquí y el ahora de Eckhart Tolle (*El poder del ahora*, 1997), el disfrute de la cocina y la gastronomía de manera incondicional de Carlos Petrini (*Slow food*, 1986) o la redefinición de las prácticas sexuales y amorosas desde el prisma de la consciencia y el no hacer de Diana Richardson (*Slow Sex*, 2011).

Estas propuestas, decrecentistas como lo son, muestran sin embargo signos de aceleración y de universalización gracias a la potencia que aporta la economía digital y toda la serie de leyes y fuerzas transversales que la sostienen y que han impuesto nuevos ejes de progreso económico y social: la automatización y la virtualización, la transparencia y el control, la participación autogestionada (a la que denominamos

“*outsourcing*”), la comunicación omnipresente y el desarrollo de una consciencia ampliada sobre la realidad que nos rodea.

La trascendencia de todos estos cambios, lleguen o no bajo la etiqueta decrecentista, se aprecian sobre todo por la radicalidad y la disrupción que representan para las grandes instituciones que sostienen el actual *statu quo* neoliberal, sean éstas las grandes transnacionales, entidades financieras y otros bichos análogos, o las propias estructuras de gobierno construidas desde la herencia de las burocracias introducidas en el pensamiento académico por Max Weber.

Tal es el impacto de lo anterior que ya se aprecian nuevas formas de conversación política y de manifestación de la soberanía de los ciudadanos. La democracia digital participativa y directa, incluyendo la adopción de dinámicas de gobierno de participación espontánea, empieza a aflorar desde los hábitos y conceptos que día a día estamos construyendo con el uso generalizado de las redes sociales. Las dinámicas económicas y sociales horizontales y *multistakeholder*, en las que participan todos los interesados y donde los silos de interés se disuelven en pro de la voz y el interés común, se manifiestan también como resaca colectiva de la nueva individualidad propia de estos incipientes estilos de vida.

## **8. Educación para un nuevo estrato social: la clase creativa**

Una transformación social desde las propuestas del decrecimiento sólo será posible **redefiniendo el proceso de construcción de los conceptos que conforman el entender de lo que somos** las personas, hombres y mujeres que conformamos colectivamente la sociedad y que, desde comportamientos adquiridos, la sostenemos y la alimentamos. Tanto es así, que nuevos ideólogos sociales del siglo XXI como Paul Ray (*The Cultural Creatives: How 50 million are changing the world*, 2000), Richard Florida (*The Rise of the Creative Class*, 2002) y Otto Scharmer (*Theory U: Leading from the future as it emerges*, 2009) han recogido el testigo recibido de las trilogías de Manuel Castells (*The Information Age: Economy, Society and Culture*, 1996-1998) y de Alvin Toffler (*The Future Shock*, 1970; *The Third Wave*, 1980; *The Power Shift*, 1990) para proponer y describir con contundencia **el fin de la división de clases clásica** (entre clase obrera y clase capitalista) con el surgimiento de una nueva clase social bisagra bajo el nombre de “**clase creativa**”.

De consolidarse esta consideración, muy vinculada en fondo y forma con las propuestas decrecentistas, nos encontraríamos con la necesidad de redefinir algunas bases ideológicas tan asentadas como la propia consciencia de clase, la sempiterna lucha de clases o el sistema educativo *taylorista* que bien conocemos por cercano y por obsoleto. Esta nueva clase creativa se distinguiría de la tradicional clase obrera desde diferencias de raíz dentro del sistema económico. Mientras que ésta última trabaja (es pagada) para responder a un plan de horarios y tareas preestablecido jerárquicamente, la clase creativa trabaja (es pagada) para crear desde la autonomía y la flexibilidad en todos los ámbitos de la vida. Una característica reconocida como diferencial de la clase creativa es la disminución de la duración de sus relaciones (ataduras) con respecto a otras personas y con las instituciones, consecuencia directa del número creciente de



relaciones establecidas y las consiguientes nuevas oportunidades que surgen día a día. Quien se atreva a pregonar aquello de un trabajo para toda la vida o una casa para toda la vida bien recogerá los reproches y la rebeldía amplificadas por estos nuevos individuos. Un efecto directo de esta realidad es que los miembros de esta nueva clase creativa se ven empujados a construir y reconstruir constantemente su percepción de su propia identidad ante los demás. Esta realidad simple provoca una constante creación y recreación del yo, la mayoría de las veces dentro de un camino vital que se acerca a la espiritualidad y permite apreciar de manera excepcional el valor de la simplicidad, la sostenibilidad y la consciencia social, valores claramente decrecentistas.

Una nueva educación surge como algo tan necesario como demandado. La conformación de esta clase creativa y su creciente peso social, económico y político incluye una demanda de **individualización del proceso educativo** que indague y amplifique la identidad creativa de cada persona (en contraposición a la estandarización actual) y aflore las inteligencias escondidas que malean y enriquecen las fuentes de creatividad, como son la inteligencia emocional, la inteligencia física o la inteligencia energética. Esta demanda, recogida de manera excepcionalmente brillante por el documental argentino de German Doin y Verónica Guzzo (*La Educación Prohibida*, 2012), encuentra respuesta en movimientos como el Método Montessori, la pedagogía sistémica, la escuela democrática o la pedagogía Waldorf, fundamentalmente escuelas libres o libertarias con principios, metodologías y organizaciones evolucionadas de la pedagogía anarquista.

## **9. Feminismo y decrecimiento**

Así como el movimiento feminista clásico se distingue por haber conseguido logros de trascendental importancia, entre muchos otros el voto femenino, la igualdad ante la ley o los derechos reproductivos, un **nuevo feminismo** está surgiendo al amparo de las teorías decrecentistas. La coincidencia del movimiento feminista con la sociedad capitalista neoliberal ha provocado que muchos conceptos de ésta última, como la estandarización, la mercantilización de la vida o la competencia salvaje, se adopten dentro de la ideología feminista con condicionantes de género bajo formas como la neutralidad de género, la consideración de la maternidad como trabajo reproductivo o la protesta ante la ausencia de fórmulas de cooperación intergeneracional.

El nuevo feminismo recoge y acumula la mayoría de los conceptos decrecentistas para reivindicar un nuevo orden de género. Quizás, de entre las nuevas reivindicaciones, la más escuchada y urgente sea la del **reconocimiento del trabajo no-productivo** englobado dentro de la economía de los cuidados. Nos referimos a la asistencia a las personas dependientes (niños y mayores), un trabajo que por circunstancias históricas se ha feminizado, y que debe ser despatriarcalizado no sólo para que tenga un reconocimiento como evidente sustento del régimen productivo (con más razón en un ámbito donde el productivismo pierde protagonismo), sino para que se promueva un reparto de dicha labor más equitativa y justa. Urge igualmente la reconexión con la naturaleza de la mujer y con sus peculiaridades individuales y sociales propias de su condición de creadora de vida. Por un lado, multitud de movimientos reivindicán la

desmercantilización de la maternidad, exigiendo la recuperación del parto en la naturaleza o dentro del confort de un círculo de mujeres (*The Red Tent*, 1997) o demandando el derecho a menudo alienado por el mundo empresarial a amamantar a los recién nacidos (doulas). Por otro lado, nuevas corrientes de pensamiento proponen revisar axiomas clásicos del feminismo como la igualdad a tabla rasa entre géneros desde el reconocimiento de las diferencias energéticas y emocionales que caracterizan a mujeres y hombres, con especial énfasis en el ciclo menstrual y sus condicionantes vitales, sociales y económicos (*uteropías*). Además, no son pocas las voces que reclaman la recuperación de atributos clásicos femeninos dentro del sistema de la organización económica y social, como el fluir, la intuición, el cuidado del entorno y la apertura incondicional a lo discrepante y diferente. Son ideas que dejamos telegráficamente anotadas, pero que estimamos indispensables para hacer comprender que cualquier iniciativa decrecentista, si aspira a la perdurabilidad, no podrá seguir bebiendo de las injusticias de género que el heteropatriarcado ha perpetuado históricamente.

### III. CONCLUSIONES

El lector puede haber experimentado, a lo largo de la lectura del presente artículo, la tentación de realizar lo que se podría denominar la **‘crítica realista’ de las tesis decrecentistas**. Nos referimos a ese murmullo interno que reclama un mayor apego a la realidad, en nombre de una racionalidad individualmente interiorizada y socialmente normalizada. Es, qué duda cabe, rematadamente complejo ser capaz de distanciarse de paradigmas hegemónicos, como el economicista o el desarrollista, así como de las nociones culturales omnipresentes que les son inherentes, como la idea de progreso o la de crecimiento. Sin embargo, urge la toma de conciencia de que es, valga la redundancia, nuestra conciencia (social, política, medioambiental...) la que sufre un aletargamiento si ponemos trabas al derecho al no-realismo, es decir, apremia lo que Castoriadis denominaría una **descolonización de nuestro imaginario**. Pretendemos subrayar cómo, operando desde dentro de los axiomas del progreso y del desarrollo, se obstaculizará inevitablemente la aprehensión de los cimientos de las trampas del sistema. Por ejemplo, Latouche (2009) nos enseña cómo, en sí mismas, las palabras ‘desarrollo’ y ‘subdesarrollo’ esconden una abolición cultural o “aculturación” de civilizaciones “a-desarrolladas”, y que es tan sólo la posibilidad de hacerlas inteligibles a la realidad Occidental lo que las atrae hacia estos esquemas lingüísticos. Majid Rahnema (2009) nos proporciona otro ejemplo al indagar en la “arqueología de la palabra” ‘pobreza’, para desvelar cómo el término es falsamente presentado como indisociable de las nociones de miseria o indigencia, y mostrar cómo en otras épocas y contextos civilizatorios, la pobreza (material) podía ser asociada a “un arte de ser y relacionarse con los demás”. **El realismo, duela o no a muchos de los que blanden su espada, es coyuntural**, y alivia, normalmente, la conciencia de quienes en él se hallan privilegiados.

Si entramos en **críticas concretas**, el decrecimiento suele encontrar detractores entre quienes ven con recelo acabar con sectores industriales enteros cuando, por muy

dañinos que sean éstos, **puede aumentarse la sangría del paro**. Sin embargo es indispensable comprender, precisamente, que no se aboga por una recesión ni un crecimiento cero dentro de la lógica de una sociedad del crecimiento, algo que sería tan contraproducente como irrealizable. Ivan Illich (1977), considerado uno de los padres fundadores del movimiento, habla de una “*economía convivial*” donde se reconfigura lo relativo a la subsistencia. La producción, en este contexto, se reorienta, ya sea, según la circunstancia concreta, para repartir el trabajo remanente, para dar un mayor protagonismo a lo cualitativo sobre lo cuantitativo (requiriendo de una mano de obra más especializada), para *destecnologizar* cuando la tecnología redunde en perjuicio de la existencia humana, o bien para *tecnologizar* cuando aquélla favorezca una descarga ecológicamente sostenible y socialmente valiosa del trabajo mecánico y/o alienante. Más allá de la evidencia empírica que respalda la fuerte creación de empleo que conllevaría la apuesta por las energías renovables (170.000 puestos si de aquí a 2030 el 100% de la electricidad fuese renovable, según Greenpeace, 2010), el paro, en un contexto de reparto del trabajo y de jornadas laborales de menos de 25 horas semanales, es una institución social que debe repensarse cuando se impone otro paradigma, uno donde la actitud hacia el trabajo se transfigura revigorizando la importancia del ocio no productivista, la vida social y el tiempo libre.

Igualmente, hay quienes puedan percibir en el decrecimiento una totalitaria imposición de una **regresiva re-ruralización**. Si bien, como se ha mencionado, existen pujantes defensas de la vuelta al campo en nombre de una reconexión sólida con el medio y un fortalecimiento cabal de la democracia participativa, ni mucho menos se pretende presentar la ‘ciudad decrecentista’ como un oxímoron. Una de las corrientes más vigorosas del decrecimiento es, de hecho, la de las ‘**ciudades en transición**’, que traslada las premisas decrecentistas al ámbito urbano (y que en realidad no aspira a otra cosa que a una ruralización de la vida urbana, como inteligentemente señala Florent Marcellesi en la entrevista concedida a la Revista Online Ágora en este mismo número). En ella se pone de manifiesto cómo existen alternativas a la fórmula antonomástica de la comuna campestre, realizables a través de acciones directas que se han demostrado factibles desde el asociacionismo de barrio y el empoderamiento individual: autoabastecimiento a través de huertos urbanos y cooperativas de productores locales y/o de la periferia; autosuficiencia energética pensada desde la lógica renovable; innovación médica para una medicina post-petróleo; descolonización publicitaria del espacio público; abolición de la ‘dictadura del coche’ a través de la primacía de un transporte público (allí donde sea necesario) respetuoso con el medio ambiente, para lograr además una drástica reducción de la polución acústica; iniciativas culturales en centros sociales autogestionarios; desobediencia civil ante desmanes del poder; y un largo etcétera.

Sin embargo, no cabe duda de que la reticencia más fundada que recibe el proyecto del decrecimiento es la que apela a la **imposibilidad de forzar a las economías emergentes a adoptar programas decrecentistas en nombre del terror medioambiental desatado por el capitalismo productivista del Norte opulento**. Y es a raíz de esta crítica que se formula una premisa básica del proyecto: el decrecimiento

será selectivo y justo, o no será. La fuerza que el programa decrecentista tenga a escala planetaria sólo puede derivar, especialmente en el caso de las potencias incipientes del Sur que otrora fueran colonias masacradas, explotadas y saqueadas en nombre del efecto civilizatorio del libre mercado, de la fuerza del testimonio. Nos referimos a la demostración de que el ejemplo con el que se predica (y no el ejemplo que se impone) es una elección tan inevitable en un cercano contexto de colapso como deseable si se rehúye la dilapidación de la vida social que la cotidianeidad del capitalismo y el régimen del crecimiento han traído. Teniendo en cuenta la deuda ecológica contraída a raíz de las relaciones de explotación Norte-Sur a lo largo de la historia, que algunos sitúan (estimando en 14 dólares la tonelada de CO<sub>2</sub>) en torno a los 12 billones de dólares (Frémaux, citado en Taibo, 2014, p.132), el decrecimiento, como señalan Los Verdes franceses (2004), debe incorporar forzosamente **“criterios de ecología y justicia social” en su implementación**. De este modo, habrá regiones en el Sur (o, en palabras de Marcellesi, “los Sures”) donde habrá margen para un crecimiento transitorio y ecocéntrico, y otras que, como se ha mencionado, aun no pudiendo ser obligadas, han de ser capaces, por su propia subsistencia y sostenibilidad en el largo plazo, de seguir la estela de un Norte preceptivamente decrecentista. Éste último, por su parte, ha de realizar un ejercicio de humildad para poder obrar un difícil tránsito: del rol de subyugador imperialista al de aprendiz de las formas en las que ciertas culturas del Sur (africanas, latinoamericanas o asiáticas) afrontan la pobreza material a través de una hercúlea riqueza relacional.

Una parte nada desdeñable de las creencias del ser humano es instigada por soportes ajenos a su experiencia o razón. De esta forma tan poco razonable, **interiorizamos ciertas verdades axiomáticas** a partir de las cuales operamos, bien sea para matizar sus efectos, multiplicarlos o redirigirlos, pero manteniendo en cualquier caso el carácter necesario de unas premisas que, contrariamente a esa necesidad, son en esencia contingentes. Aunque este proceso de cognición se ha perpetuado a lo largo de los tiempos, guarda ciertas peculiaridades (o mutaciones) en la época actual: si tradicionalmente esos soportes intrusivos se constituían en torno a la religión, hoy las funciones pastorales del clero han sido asumidas por los *mass media*, desplazando así no solo el origen de las creencias del hombre, sino de forma sustancial también su contenido. En coherencia, los medios de comunicación de masas se han erigido en los ojos, los oídos y, con frecuencia, la razón de quienes a ellos se exponen. Ya hemos aclarado que el decrecimiento, como revolución que se pretende auténtica, implica la puesta en cuestión de algunas de esas premisas implícitas (progreso, competición o productividad), pero **es indispensable hacer la nominación previa de cuáles son las fuentes de legitimación de nuestro problemático *statu quo***, pues únicamente asumiendo esta resituación espacial e ideológica, será factible después oponer resistencias, subvertir el pensamiento mayoritario, resignificar las consignas dominantes y emprender la construcción de “lo posible”. Como es fácil suponer, el conjunto de creencias latentes no son sacralizadas bajo fórmulas obvias (“el crecimiento es bueno”), sino al amparo de fórmulas más sutiles que dan por sentado precisamente lo que podría ser objeto de controversia (“el gobierno celebra la previsión de crecimiento del 2,2% del

PIB para 2015 anunciada por Goldman Sachs”). Pero, ¿son los *mass media* el surtidor exclusivo de estos significantes y significados que inundan el sistema? Parece que no. La *institución* de los *mass media*, es verdad, consagra un paradigma colonizador muy convincente, pero el entramado real alcanza la práctica totalidad de disciplinas, ámbitos sociales, económicos y culturales<sup>11</sup>, urdiendo en pasmoso sigilo una compleja red de carga legitimadora, mucho menos visual que la televisiva o radiofónica, de la que nosotros mismos formamos parte<sup>12</sup>. Es por ello que los resortes del escándalo se desatan casi intuitivamente cuando escuchamos la definición que del progreso civilizatorio esgrime Baudelaire: “*el progreso es una forma de suicidio permanentemente renovada*”.

Como ha reiterado el profesor **Carlos Taibo**, el decrecimiento está lejos de ser un movimiento pesimista, sombrío o triste; muy al contrario, **esta filosofía del vivir sugiere repensar alegre y sosegadamente la trama sistémica que nos inmoviliza, redimensionando**, siempre en calmada reflexión, ambiguas luminiscencias como la libertad del sujeto o el progreso para ajustarlas a la entidad de su auténtico significado (opuesto, con demasiada frecuencia, a unas prácticas sociales subliminalmente coactivas). Para captar esta vitalidad en toda su omnipresencia, se debe constatar en primer lugar la falacia de un pensamiento común: mostrar el fracaso de un modelo, es decir, que un análisis profundo de lo que somos no arroja los resultados satisfactorios que ansiamos creer, no significa mirar amargamente el mundo (amargura, en todo caso, será esquivar la mirada reflejada en el espejo de ese mundo), sino reunir el coraje suficiente para responsabilizarnos en magnitudes equiparables a las consecuencias de lo que hacemos. Y es justamente en la consecución de ese compromiso donde el modelo decrecentista promueve una contagiosa sensibilidad hacia lo comunitario para desde allí extender el horizonte mental del ser subjetivo. El **decrecimiento es, por naturaleza, una inyección de ilusión comunitaria**, una brecha abierta en el armazón capitalista por la que mirar o proyectar una sociedad justa, sostenible y moralmente equilibrada. No por casualidad, se suele ilustrar este movimiento con **la imagen de un caracol**. Por un lado, frente a la vertiginosidad de los hábitos occidentales y la artificiosa complejidad de nuestro esqueleto social, se exhibe la idea de **la lentitud y la sencillez como un acto revolucionario**. Por otro, siempre en armonía con el pequeño molusco, se abandera la honorable aspiración de desposeer aquella materialidad que nos oprime para así remolcar un caparazón de tamaño óptimo para la vida. De camino, aflora el tiempo y el espacio. Lo que antes era un privilegio del ocio, regresa a su dominio natural. Si ‘ganar tiempo’ estaba inexorablemente vinculado a la adoración resultadista, ahora la expresa

---

<sup>11</sup> La Escuela ejemplifica bien lo aquí señalado. A este respecto, destacamos una obra poco conocida que ilustra con solvencia el componente colonizador de esta institución: “*La bala y la escuela. Holocausto indígena*” de Pedro García Olivo.

<sup>12</sup> No tratamos de dibujar una mano que conspira contra la humanidad, como algunos pensadores han insinuado, sino de discernir que una amalgama difícilmente evaluable de luchas, inclinaciones ideológicas, casualidades y consecuciones históricas han acabado por plasmarse en las sociedades complejas actuales y que, como es lógico, muchas de sus lógicas internas responden a intereses concretos (despuntando, especialmente, el interés de permanencia).

forma de “ganarlo” parece invitarnos a “perderlo”<sup>13</sup>. La desposesión que redundaba en una comprensión definitiva de lo intangible. El egoísmo relegado a la melancolía de un vestigio y la solidaridad familiar propagada en cada relación humana.

Entonces, sí: liberación, progreso, soberanía, bonanza, emancipación, libertad. El verbo tener se diluye finalmente en la supremacía del verbo ser.

**\*Nota final:**

Cuando los hombres y mujeres habitan en el delirio, cualquier dosis de realismo será tachada de utopía.

---

<sup>13</sup> ‘Perder el tiempo’ en este contexto no apela a la inactividad (práctica habitual de nuestros días también criticada bajo el rótulo ‘perder el tiempo’), sino a una actividad no motivada por el rendimiento y la eficacia productivista.

## BIBLIOGRAFÍA

### Enlaces web

- Ansa Eceiza, M. (2008): *Economía y felicidad: acerca de la relación entre bienestar material y bienestar subjetivo*, XI Jornadas de Economía Crítica, disponible en [http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/Ansa\\_Eceiza.pdf](http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/Ansa_Eceiza.pdf)
- Agua.org (2004): *Datos y cifras sobre el agua*, disponible en [http://www.agua.org.mx/h2o/index.php?option=com\\_content&view=category&id=18&Itemid=300081](http://www.agua.org.mx/h2o/index.php?option=com_content&view=category&id=18&Itemid=300081)
- Banco Mundial, datos, disponible en <http://datos.bancomundial.org/>
- Boilla, S., Gerber, J. y Funez-Monzote, F. (2013): *¿Qué democracia económica para el decrecimiento?*, disponible en <http://www.decrecimiento.info/2013/01/que-democracia-economica-para-el.html>
- Curtis, A., (2002): *The Century of the Self*, disponible en <http://freedocumentaries.org/documentary/bbc-the-century-of-the-self-happiness-machines-season-1-episode-1>
- Documental Decrecimiento (2013): Entrevista a Paul Ariès, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=v3zchsUDhSU>
- Doin, G., y Guzzo, V., (2012): *La Educación Prohibida*, disponible en <http://www.educacionprohibida.com>
- Ecopolítica (2010): *El decrecimiento: una apuesta de futuro*, disponible en <https://ecopolitica.org/el-decrecimiento-una-apuesta-de-futuro/>
- Elgin, D. (2011): *Simplicidad voluntaria*, disponible en <http://www.decrecimiento.info/2011/12/duane-elgin-mundo-nuevo-simplicidad-en.html>
- Goga, C., (2014): *La Renta Básica Universal: un tema de reflexión y de decisión (parte 1-2)*, <http://carlosgoga.com/renta-basica-universal-tema-de-reflexio-y-decision-parte-2/>
- Greenpeace (2010): *Salvar el clima crearía 8 millones de empleos, según un informe de Greenpeace*, disponible en <http://www.greenpeace.org/espana/es/news/2010/November/091013/>
- Latouche, S. (2009): Decrecimiento o barbarie. Entrevista a Serge Latouche, Revista Papeles, número 109, disponible en [http://www.usc.es/entransicion/wp-content/uploads/2011/11/Decrecimiento-o-barbarie\\_Serge-Latouche.pdf](http://www.usc.es/entransicion/wp-content/uploads/2011/11/Decrecimiento-o-barbarie_Serge-Latouche.pdf)
- Latouche, S. (2012): Ecofascismo o ecodeocracia, disponible en <http://www.decrecimiento.info/2012/03/ecofascismo-o-ecodemocracia.html>
- Leonard, A., (2007): *The Story of Stuff Project*, disponible en <http://storyofstuff.org/>
- Los Verdes franceses (2004), disponible en: <https://ecopolitica.org/por-un-decrecimiento-selectivo-y-justo-les-verts-francia/>
- Max Neef, M. (2007): *Las necesidades humanas*, disponible en <http://www.decrecimiento.info/2007/09/las-necesidades-humanas-segn-max-neef.html>
- Norberg-Hodge, H., (2011): *The Economics of Happiness*, disponible en <http://www.localfutures.org/>
- Petrini, C., (1986), *Slow Food*, disponible en <http://slowfood.es>

Rahnema, M. (2009): *Reflexiones sobre la pobreza: entrevista a Manjid Rahnema*, disponible en <http://www.decrecimiento.info/2009/10/majid-rahnama-sobre-la-pobreza.html>

Semal, L. y Szuba, M. (2013): *Las Ciudades en Transición: resiliencia, relocalización y catastrofismo ilustrado*, disponible en <https://ecopolitica.org/las-ciudades-en-transicion-resiliencia-relocalizacion-y-catastrofismo-ilustrado/>

Stihl, A. (2008): *La selva tropical. Datos de un ecosistema en peligro*  
[http://www.stihl.es/p/media/download/es-es/2008\\_SelvaTropical\\_Spanisch\\_final.pdf](http://www.stihl.es/p/media/download/es-es/2008_SelvaTropical_Spanisch_final.pdf)

## **Libros**

Botsman, R. y Rogers, R., (2010): *What's Mine Is Yours: The Rise of Collaborative Consumption*, Harper-Collins eBooks

Cañigual, A., (2014): *Vivir Mejor Con Menos*, Editorial Conecta

Casado, F., Creus, J., Juncadella, P., Obermair, D., (2012): *No Somos Hormigas*, Book Crossing

Castells, M., (1999): *The Information Age, Volumes 1-3: Economy, Society and Culture* (Information Age Series), Wiley-Blackwell

Diamant, A., (1997): *The Red Tent*, Wyatt Books for St. Martin's Press

Illich, I. (1977): *Le chômage créateur*, Le Seuil.

Elber, C., (2012): *La economía del bien común*, Deusto S.A. Ediciones

Florida, R., (2002): *The Rise of the Creative Class: And How It's Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life*, Perseus Distribution

García Olivo, P. (2011): *La bala y la escuela (Holocausto indígena)*, Virus Editorial, Barcelona.

García Olivo, P. (2014): *Dulce Leviatán*, Bardo Ediciones, Barcelona.

Goga C., (2014): *#lovetopía. El nuevo mundo que llevamos en nuestro corazón*, Editorial Bubok (Madrid)

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid.

Ray, P. (2000): *The Cultural Creatives: How 50 million are changing the world*, Fremdsprachige Bücher

Richardson, D., (2011): *Slow Sex: The Path to Fulfilling and Sustainable Sexuality*, Destiny Books

Rifkin, J., (2007): *La economía del hidrógeno*, Editorial Paidós Ibérica

Rifkin, J., (2014): *The Zero Marginal Cost Society: The Internet of Things, the Collaborative Commons, and the Eclipse of Capitalism*, Palgrave Macmillan

Sempere, J. y Tello, E. (coords.) (2008): *El final de la era del petróleo barato*, Icaria Editorial.

Scharmer, O. (2009): *Theory U: Leading from the future as it emerges*, Berret-Koetheler Publishers, Inc.

Scharmer, O. y Kaufer, K., (2013): *Leading from the Emerging Future: From Ego-System to Eco-System Economies*, Berret-Koetheler Publishers, Inc.

Taibo, C., (2011): *El decrecimiento explicado con sencillez*, Catarata, Madrid.



Taibo, C. (2014): *¿Por qué el decrecimiento? Un ensayo sobre la antesala del colapso*, Los libros del lince, Barcelona.

Toffler, A., (1970): *The Future Shock*, Random House Lcc Us

Toffler, A., (1980): *The Third Wave*, Random House Lcc Us

Toffler, A., (1990): *The Power Shift*, Random House Lcc Us

Tolle, E., (1997): *El Poder del Ahora*, Penguin Random House Grupo Editorial Argentina